

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 271

Valencia, 30 de Octubre de 1937

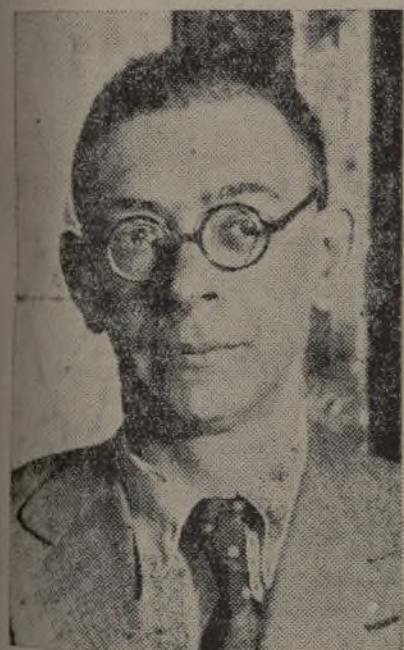
María Carbonell, 2

Volvamos
sobre la vieja
verdad olvi-

dada y polvorienta:
el peor de los Go-
biernos será fecundo
si su duración es larga

(Del discurso pronunciado por
el ministro de la Gobernación,
don Julián Zugazagoitia.)

LA VOZ DE LA REPUBLICA



Un gran discurso del ministro de la Gobernación

Nos impusieron el deber de ser soldados, y es bien lícito que nos haya ganado la voluntad y la pasión el deseo de dejar afirmada, con la independencia de la patria, su paz interior, paz que sólo estará segura con la victoria de la República

VENCEREMOS!

La elección de Madrid como tribuna específica del Gobierno, no es acontecimiento que se deba a la casualidad de un viaje protocolario. Es acto de profunda razón política, con el que el jefe del Gobierno quiso significar que a cualquiera que sea la movilidad a que la guerra obligue al Ministerio, la capitalidad de España está aquí, en este Madrid incomparable en sus reacciones nacionales.

Si en alguna ocasión el Gobierno, tal y como hoy está constituido, sintiese la necesidad de fugarse —permítame que tome de la calle esa palabra puesta en circulación por nuestros enemigos, ahora que está a punto de trasladarse el Gobierno a Barcelona—, se fugaría, haciendo el camino con el máximo de velocidad, de las tierras de Levante a las calles de Madrid. Muy faltos de agudeza andarán quienes no hayan percibido cómo mediante viajes reiterados a la capital, han cuidado de ir aplacando la nostalgia de Madrid los ministros. No soy yo de los que piden que se nos computen como sacrificio lo grave de nuestras responsabilidades, lo ingrato y abundante de nuestros trabajos, el exceso de contrariedades y las pruebas de toda índole por las que a diario nos es obligado pasar; me conformo con que se me reconozca un solo esfuerzo doloroso: el de renunciar a Madrid.

Los que me han visto trabajar aquí saben que no juego con la cortesía ni barajo la lisonja. Y para hablar de otro que no sea yo,

ahí está ese compañero de responsabilidad ministerial que cuando siente o es nivelado su espíritu por las contrariedades, se receta un viaje a Madrid para tonificar la voluntad y recobrar su ímpetu. Si algún día, pues, llega a vosotros la noticia de que el Gobierno ha huido, sabedlo seguro, madrileños: le tendréis aquí.

Con esa garantía, que puede seros ofrecida en firme, podéis renunciar a toda sugestión maliciosa por lo que hace al traslado del Gobierno a Barcelona.

Se realiza con ese viaje un acuerdo ministerial que data de los primeros días de noviembre del año pasado y que se cumplió no más que a medias, sin que nadie acertara a explicárselo. Dos ministros fueron llamados a explorar la ac-

gida que la Generalidad dispensaría a los viajeros. Inmejorable. El primero en beneficiarse de ella fue, como resulta sencillo recordar, el Jefe del Estado.

Su instalación en Barcelona encontró toda clase de cordiales facilidades. Pero el Gobierno de entonces —sin que haya explicación oficial del hecho— cambió de parecer y se instaló en Valencia. El viaje del Gobierno a Barcelona da cumplimiento a un acuerdo lejano y atiende a dejar cubierta una necesidad perentoria: la de evitar que los progresos que en materia autonómica hizo la República, se esterilicen por la dificultad de un diálogo directo, que es forzoso haya sufrido deformaciones al trasladarlo de Barcelona a Valencia.

Si Madrid puede estar seguro de

que la motivación del traslado del Gobierno responde a una estricta necesidad nacional, Barcelona, a su vez, tiene más de un signo claro de la fidelidad del Gobierno a las peculiaridades de Cataluña.

Al Gobierno le sobra recordar, para respetarlas, que las consagró con sus votos de diputados de la mayoría en las Cortes Constituyentes. Proyecto oculto, ninguno. Propósito solapado, tampoco. En Valencia o en Barcelona, un solo proyecto, un solo propósito apasiona al Gobierno: vencer.

A este propósito, quedan supeditados los demás, y a su servicio necesitarán ponerse, en el más alto grado de sacrificio, todas las actividades nacionales. Los partidarios de las fórmulas concretas y simples no quedan satisfechos si de-

jan de facilitárseles la que conviene a cada ocasión. Por el tiempo que dure la guerra, una sola es la palabra eficaz que puede ser ofrecida a los españoles: obediencia.

Con esa propensión de los españoles a ejercer el mando, aun en su forma más precaria, que consiste en desobedecer, es difícil que nos avengamos a despertar cada mañana con el limpio designio de subordinarnos a los mandatos de la autoridad legal. Es más frecuente que pretendamos que esos mandatos se rectifiquen en nuestro beneficio, para nuestra comodidad o para nuestro egoísmo. Si no alcanzamos a ser exceptuados del deber de la obediencia, se nos agrian los juicios y se nos irrita el ánimo, al punto de no conformarnos con menos de una crisis política.

En un tiempo era en los cuarteles donde se forjaba el rayo que destruía los Gabinetes. Después se dijo que ese poder pasó a las redacciones de los periódicos. Pero la verdad es que donde ese poder residía era en las tertulias de los cafés. Ahora, en que los cafés han venido a menos, se intenta domiciliar aquel poder en determinadas secretarías sindicales. Volvamos sobre la vieja verdad olvidada y polvorienta: el peor de los Gobiernos será fecundo si su duración es larga; o dicho en su forma negativa: el mejor de los Gobiernos será estéril si su vida es corta. Sabido es que, malos o buenos, los Gobiernos españoles, salvo excepciones, han tenido una onda vital

(Continúa en la página siguiente)

En Valencia o en Barcelona, un solo propósito apasiona al Gobierno: vencer

¡DISCIPLINA EN EL TRABAJO!

corta. Eso explica muchas de nuestras desventuras y seguirá explicando las venideras si, agrios de palabra e irritados de ánimo, los españoles nos negamos a ejercer la virtud de la obediencia. Cabe avisar, y para ello estoy facultado por mi cargo, que la negativa comporta riesgos, graves riesgos.

El Gobierno no está propicio a suplicar obediencia, a solicitar acatamiento. Está, por el contrario, resuelto a imponerlos. Nadie de cuantos nos asisten con su pasión nacional, tema que se nos muera la autoridad por falta de calor, entre las manos. Ese peligro está desmentado con sólo recordar que somos españoles y que el ejercicio del mando no nos intimida. Propugnamos obediencias, con plenitud de derecho porque, a nuestra vez, obedecemos, no a ciegas, sino con los ojos abiertos, la conciencia despierta y la inteligencia clara, al mandato imperativo de la patria invadida, que reclama, hasta con las voces de quienes todavía ayer eran nuestros enemigos políticos, esta sola y santa necesidad: independencia.

Propugnamos obediencia con la autoridad que dicho queda, y sépase que las obtendremos. Una cosa nos preocupa: defraudar a cuantos inmolaron sus vidas por la República. Para evitar ese riesgo, de que en lo sucesivo no se verá libre ningún gobernante español, pedimos todas las mañanas a nuestro apasionado convencimiento de victoria la energía precisa para hacer cara serena a los problemas de cada día, por desaforados que nos los presente la adversidad.

La adversidad no trabaja sola. No son los dioses hostiles los que descargan sobre la República golpes iracundos, como el muy reciente de Gijón. La adversidad dispone de muy buenos colaboradores, y los dioses adversos, si existen, tienen bien poca cosa que hacer. Se lo dan hecho todo lo que, aprovechando los descaecimientos de nuestra moral, la laxitud de nuestras costumbres, se instalan, con sus artes de engaño y averiguación, en el medio ambiente que les proporcionamos, como en domicilio propio, donde todo está previsto para satisfacer sus menores gustos y necesidades. Al agente extranjero sólo le queda el trabajo de montar su turbina en la corriente caudalosa de nuestra estupidez. Estar en el secreto es una de nuestras grandes aficiones, y si deseamos penetrar en él es por el prurito de envanecernos de que lo conocemos. En publicarlo está nuestro regocijo y la ganancia del agente extranjero. De donde inferimos que obedecer no es suficiente. Hay que obedecer callando. Y hemos venido a dar, sin proponérselo deliberadamente, en la fórmula sagaz de aquel excepcional capitán de milicianos de Cristo que se llamó San Ignacio de Loyola, quien por ambicionar grandes victorias y saber cómo es necesario lograrlas, impulsó a sus secuaces la obediencia silenciosa, «perinde ad cadaver». De esa obediencia es de la que está necesitada la victoria: obediencia de cadáver, y hasta la muerte. ¿Podremos con los gárrulos por decisión o por inconsciencia? En todo caso, la tarea debe ser acometida. Tenemos necesidad de quedarnos a solas con el adversario, lo que nos facilitará considerablemente el trabajo de vencerlo. La peor vecindad no es la del enemigo, sino la de aquel cuyos propósitos e intenciones nos son desconocidos y ante el que, por exceso de candidez, nos mostramos confiados. Me ha sido dado medir la sorpresa de muchas personas al reconocer en detenidos por quienes mostraban interés, peligrosos adversarios de la República, en tra-

tos constantes con los centros informadores de los rebeldes. Y eso que, en efecto, son muchas las personas que creyendo en el espionaje no acaban de persuadirse de que el espionaje lo hacen los espías, y que éstos — ¡quién lo hubiese creído! — son criaturas de carne y hueso, como las demás, y se llaman Antonio García, o Juan López, o Hipólito Rodrigo, y no necesaria y

clitar ni proteger. Las mismas smetalladoras que cuidan en las mugas de la frontera de que nadie se evada, pueden ser montadas, si quiera las carguemos con proyectiles morales, en las ventanillas de los centros oficiales donde los desertores pretenden un título legal para realizar, con comodidad y sin riesgo, la desertión. Nadie confíe en obtener, apelando a sus am-

cepto de la crueldad ha cambiado radicalmente después de la destrucción de Guernica y de Cangas de Onís, sino su esterilidad. España ha venido arrastrando la tragedia de la inutilidad de aquellas guerras, donde nada se dirimió por el engaño con que fueron acabadadas, al punto de poder rastrearse en la nuestra, sin necesidad de profundizar mucho, fermentos típica-

mental hecha en su último discurso por el Jefe del Gobierno: ¡Venceremos! Sin que dejen de contrabuir, más poderosamente de lo que cabe imaginar, a nuestra victoria las desgracias militares de Bilbao, Santander y Asturias. Esos tres golpes no le han sido asestados exclusivamente a nuestra Patria, cuando sea ella la que los sufre de manera excepcionalmente intensa.

El Norte de la Península se ha perdido para la República, no porque la hayan ganado los rebeldes, sino más bien porque Europa, acaso sea más exacto decir el mundo, admite sin repugnancia que nos lo destruyese Alemania e Italia, países que a cada victoria de su potencial bélico, señaladamente la segunda, se engríen, para su rojo universal, con las infuflas los vencedores. El módulo de victorias de los invasores, desverse en Irán. La caída de esa plaza nos dió prejuzgado el problema del Norte. Allí comenzó a manifestarse la indiferencia de Europa.

Los episodios que siguieron al Irún —Durango, Guernica, Galdakano, Reinos, Cangas de Onís— se cancelaron en el exterior en unos testimonios de condolencia unos gestos vagos de caridad, como si los apesadumbrados protagonistas de aquella literatura se contrasen a presencia de una catástrofe irremediable, originada de la violencia cósmica de uno de los cuatro elementos. No fué eso. La catástrofe estaba contratada a cambio de materias primas extraídas con salarios de colonia, en Boma y Berlín, como pueden tratarse por el Municipio unos juegos artificiales para celebrar la fiesta del Patrón local. Guernica, Reinos, Cangas de Onís, fueron mediante una combinación técnica de alemanes e italianos, inmensos espectáculos de fuego y de dolor, como quizá no alcanzó a soñar ni importa su furor reformista, propio Lutero. Si Berlín aportó bombas incendiarias e Italia contribuyó a la ejecución del drama con sus divisiones regulares, fundamental por indispensable, reservó a Europa: la indiferencia. Y no una indiferencia cualquiera, de segundo o tercer grado, sino una indiferencia orgullosa de su neutralidad, a virtud de la cual se cerró al Gobierno la posibilidad de ir en ayuda de su Ejército del Norte. Los que hemos vivido una parte de aquellas vicisitudes dramáticas, estamos en condiciones de tuir el milagro que se hubiese obrado en Bilbao, Santander y Asturias con la sola presencia de aviones republicanos, que eran perados con la ansiedad y acción de todo un pueblo que había confiado la seguridad de su libre existencia. No llegaron, y es Bilbao, con todas sus consecuencias, una colonia germánica. Su vida industrial y comercial se desarrolla bajo la tutela de los manes. Santander quedará, provisionalmente, para los saladores noveses, duchos en la explotación de la mano de obra infantil.

Esta transmutación no se ha producido gratis: el invasor ha caducado en un pueblo que abomina su presencia. Necesita imponerle. Tiene que ganar con ayuda de piquetes de ejecución, el respeto la seguridad que el ambiente niega. Incomoda a los mismos cuya ayuda acudió. Los ofende cuando está amable con ellos. El resentimiento es inevitable. Una protesta de cuchicheos y mores. Facilito con recato not exactas, no figuraciones de maseo. Las existencias son abundantes en los establecimientos, nadie puede suministrarse, el dinero no circula. Sólo el sor está en condiciones de satisfacer sus necesidades. Para ac-

El Gobierno no está propicio a suplicar obediencia, a solicitar acatamiento. Está, por el contrario, resuelto a imponerlos

exclusivamente Mata Hari, Made-moiselle, Doctor o Bolo Pachá...

No vengo, sin embargo, a sembrar desconfianza, que demasiadas se sembraron, con desgraciadas cosechas, sino a recomendar prudencia y a declarar, para advertencia general, que las recomendaciones, cualquiera que sea quien las haga, carecen en absoluto de valor. Siento mucho que el tema no me sea

tadés, semejante ventaja. Puestos a poner por obra sus planes de desertión, necesitarán arriesgarse en los pasos del Pirineo y desafiar la vigilancia de las máquinas automáticas que los guardan. En la mala purtería de quienes las manejan estará su suerte y su vergüenza. Van para mal tiempo; ahora que cae la nieve, el bulto de los desertores se ve de lejos.

mente carlistas. No es sólo que hayan vuelto las boinas rojas y los clásicos escapularios del «detente balay», con fuerza suficiente para arrollar, con ayuda de los rabadanes de Salamanca, a los falangistas que adoctrinara Primo de Rivera, sino que con las boinas rojas han reaparecido las ideas absolutistas que pusieron a caballo a los pretendientes del siglo XIX. En el po-

En la medida que nos consideremos aptos para constituir con nuestro ejemplo y nuestras obras una moral pública elevada, contribuiremos a sanear la retaguardia

muy conspicuo, pero no queda más remedio que aludirle en remedio de una vieja manta que a despecho de la tragedia nos hemos empeñado en que prevalezca. Teniendo buenas alabas, el ciudadano se consideraba redimido de ir al servicio o a la cárcel y podía osar, sin méritos, a las preeminencias, modestas o fantásticas, según su apetito y ambición.

¿Alarde de crueldad? Siempre será menor que el que supone consentir con indiferencia la pérdida de la independencia de la patria, que una vez reducida a condición de colonia, a repartir entre alemanes e italianos, exigiría ingentes sumas de dolor a varias generaciones de españoles antes de lograr su rescate. Esta convicción, profundamente certera, establece el deber

tencial rebelde de los primeros días, fué Navarra, carlista en sus terceras partes, valor decisivo. Aprovechase del cansancio de los combatientes, de unos y otros combatientes, para introducir en el ámbito nacional la idea de una mediación, equivaldría, supuesto que ello fuese posible, a aplazar por algunos años la continuación de la contienda, diferir para las futuras

Aprovechase del cansancio de los combatientes para introducir en el ámbito nacional la idea de una mediación, equivaldría, supuesto que ello fuese posible, a aplazar por algunos años la continuación de la contienda

Ahora las alabas repican por una de estas dos cosas: por salir de la cárcel o por lograr un pasaporte. Delincuentes que buscan impunidad o cobardes, en el mejor de los casos, cobardes que tratan de esperar en el extranjero a conocer cómo caen las pesas. No faltan los que una vez en seguridad ayudan a que las pesas caigan en favor de los invasores. El número de éstos es abundantísimo. Todos tuvieron, su día, la alaba necesaria, incansable en su repique imprudente. Está, pues, claro que tenemos derecho a recusar, aun cuando por hacerlo de plano, incurramos en injusticia, toda recomendación, cualquiera que sea la persona que la formule. Irse de la patria cuando ella nos necesita, es una desertión que nadie puede fa-

de continuar impávidos en una guerra que, no habiéndola buscado, no podíamos rehusar. Nos pusieron el deber de ser soldados, y es bien lícito que nos haya ganado la voluntad y la pasión el deseo de dejar afirmada, con la independencia de la patria, su paz interior. Su paz interior, si, que sólo estará segura con la victoria de la República.

Porque carezco de artes de improvisador, traigo mis palabras meditadas. Los saladores de bodas, aquellos que se complacen en la idea de la mediación, tienen que pararse a considerar que hay algo peor que una guerra larga y dura: una paz falsa, que contenga los gérmenes de una segunda contienda. Lo peor de las guerras carlistas, no fué su crueldad —el con-

generaciones de españoles la liquidación por las armas de la guerra. Y esto es mucho más cruel que continuar en ella hasta dejar robustamente afirmada, con el triunfo de la República, la paz española. El mandato que el Gobierno ha recibido del país es éste, y al cumplimiento de ese mandato necesita ajustar su trabajo para no incurrir en culpa.

Nadie se haga la ilusión de poderemos enjuiciar mañana como delincuentes. Nuestra fidelidad a la victoria es extrema. El menor de los actos del Gobierno se inspira en la idea de servirla, y de ahí que estemos especialmente facultados, a despecho de toda alternativa, para proclamar nuestra fe en el triunfo. Considéme que ponga un remache más a la afirmación funda-

Han caducado las licencias para la conducta arbitraria

discu-
i Ven-
con-
lo que
victoria
Bilbao
os tra-
idos en
ia, au-
ufre de
ntensa-
se a
no por
rebelde-
ropa,
el mu-
ia que
e la
loria de
damen-
ra San-
ulas de
de en-
s, de-
esa pi-
problem-
manifi-
ropa.
on al
Gale-
On-
ior
encia
dad.
pro-
se a
una
nada
o de la
so Pa-
tada.
a extra-
en Bo-
on co-
nos fu-
r la fin-
ica, Bo-
ron
sos de
olor,
mistá,
porto
lia no
el drama-
es, al-
habie-
diferen-
ualque-
sino su
su al se-
lidad
del X
una
dramá-
es de
iese
y An-
a de
era
y an-
que
ad de
on, y
s con-
ermi-
ercial
e los
á, pro-
dores
plota-
ntil.
e ha
ba
omina-
ponen-
la de
respe-
iente
ismos
ende
ellas
le. P-
nos
e m-
abun-
pos.
e sal-
el
a sc-

nuestras deformaciones pasionales, con nuestras simpatías y nuestras diferencias, con nuestras perezas y nuestras desganas. Quedaríamos, si nosotros capaces por atolondrada incapacidad de facilitar ocasión de nuevas victorias a los invasores, victorias que supondrían para los

otra, al de la Policía; otra a la ayuda extranjera. Siempre descartándonos nosotros mismos, como si a nosotros hubieran de dárse las cosas por añadidura, de manera graciosa. Esa equivocación moral crece de volumen cuando va referida al Gobierno. Este, que

mismos, bueno es que proclame- nos que quienes a despecho de los duelos nacionales atienden exclu- sivamente a sacar a flote su pere- za personal y su egoísmo domés- tico, son traidores a la independen- cia de la patria y traidores, por extensión, para con los trabajado-

como es legítimo en ellos, ser ór- ganos de administración de la vic- toria.

La guerra, además de un hecho brutal y dramático, es un proceso crítico que actúa sobre todos los valores en curso, así morales co- mo materiales, destruyendo unos

Por el tiempo que dure la guerra una sola es la pala- bra eficaz que puede ser ofrecida a los españoles: obediencia

camaradas nuestros de las provin- cias en que se produjeren, dramas —dolor y humillación— incancela- bles. Es, pues, aconsejable iniciar la obra del saneamiento de la re- taguardia por nosotros mismos, rectificándonos en aquello que ne-

nunca pasa de estar constituido por un número variable, pero siempre corto, de españoles, es el que necesita garantizar a los de- más la victoria. De cierto que aceptamos ese compromiso al ad- mitir la responsabilidad de gober-

res que penan en la España inva- dida. No traigo gestos ni conjuros contra ellos. Ahí está la ley que, de persistir en su conducta, se en- cargará de juzgarlos. Con el mis- mo rasero, porque otro no existe, con que se juzga a los delincuen-

y sobreestimando otros, según que sirvan o no para alcanzar la vic- toria.

El Sindicato es valor que puede y debe salvarse. Para creerlo así me sobra con recordar el genero- ro entusiasmo con que pronto ha- rá un año, cuando los apretados días de la defensa de Madrid, acu- dieron a la llamada de sus orga- nizaciones, que les convocaban pa- ra el mayor de los sacrificios, los trabajadores de la capital. Ciertamente el clima de Madrid, el de en- tonces y el de hoy, era el adecua- do a la victoria. Pero nadie po- drá hacerme renunciar a la con- vicción de que los trabajadores de cualquier provincia española hu- biesen repetido, de referirse a ellos la convocatoria heroica, el gesto generoso de los obreros de Madrid.

Cabalmente es esta convicción la que no me consiente dar con la explicación satisfactoria del des- barajuste introducido en algunas ramas de la producción. ¿Cómo es que quienes están propicios al ma- yor de los sacrificios no se com- placen en mejorar y abaratar la obra diaria de su esfuerzo? ¿Es que no aciertan a relacionarla con la guerra y con la victoria? El obrero de reflexión más tarda y difícil es natural que sepa, por propia experiencia, que no hay es- fuerzo alguno que no repercuta en la línea de fuego, de tal ma- nera que no habría exageración en afirmar que el avance o re- troceso de las tropas está deter- minado por la diligencia o la pe- reza de la retaguardia.

Mientras la retaguardia de Ale- mania pudo proporcionar a sus cuerpos de ejército el material que necesitaban con el ritmo con que lo necesitaban, el avance no se interrumpió. Tan pronto como esa relación quebró, se produjo el estancamiento de la ofensiva.

Y al final, impotente la reta- guardia para seguir cubriendo las necesidades del ejército, sobrevi- no el derrumbamiento y los ven- cedores de meses antes, tuvieron que evacuar la tierra conquistada al enemigo, para firmar el Trata- do de Paz que consagraba su de- rrota y habla de alimentar más tarde su furor de desquite, para propiciar el cual, que no por de- seo desinteresado de ayudar a Franco, se han hecho presentes en nuestra guerra y se han instalado en las zonas estratégicas de la Península.

Esa referencia a la derrota de (Continúa en la página siguiente)

Al agente extranjero sólo le queda el trabajo de montar su turbina en la corriente cau- dalosa de nuestra estupidez

cesite de rectificación y llevando al taller, a la casa, y a la calle, aquel alto sentido de responsabilidad y de fortaleza que, creando un am- biente nuevo, destruya por sí solo toda posibilidad de trabajo para los rebeldes.

nar; pero no estorbará insistir en que la eficacia de quien gobierna se sustenta sobre la obediencia de los gobernados. Si cada grupo de españoles reivindica para sí el de- recho a producirse de acuerdo con sus conveniencias y no con las ne-

tes. Que es ésta buena hora para declarar que el Gobierno no tie- ne otras reacciones que las legales. Y porque no las conoce él, no se las consiente a nadie. Han caduca- do las licencias para la conducta arbitraria. Hace tiempo que no se conceden permisos a los desafora- dos para hacer la revolución que les reclamaba su instinto primario o su codicioso resentimiento.

Pero esa superación del pasado reciente que algunos grupos desea- rían reinstalar en nuestros días, con lo que nos ofrecen su ficha psicológica y moral, no es triunfo suficiente a contentarnos. Necesi- tamos algo más que una ordena- ción ciudadana: la disciplina en el trabajo.

Declaramos que esa disciplina no está lograda. Las exhortacio- nes que se han producido hasta el presente, y son muchas, no han conseguido modificar un régimen de producción que, en la mayoría de los casos, irrita a los propios obreros, deseosos de organizarse profesionalmente para un mayor rendimiento. ¿Dónde, pues, se ori- gina el desorden? Bien está que el país lo sepa; en la burocracia que le ha nacido a cada empresa. Ella es, salvo contadas excepciones, el gusano que corroee la producción, después de encarecerla con retra- sos y torpezas. El anecdótico es ya copiosísimo. Pero más que ané- dotas para reír, se trata de ané- dotas para llorar. ¿En qué pien- san los Sindicatos, bien centrados en su responsabilidad, que no le van a la mano a esa burocracia inepta y desmoralizada. ¿Cuál es la razón de que no se atrevan a frenar en seco a los arbitristas de la producción que sólo han acertado a encarecerla en su pre- cio, empobreciéndola en su cali- dad? Cualquiera que sea la res- puesta, una cosa es evidente: que los Sindicatos necesitarán atacar el mal en su raíz si ambicionan,

Lo que hemos dado en llamar quinta columna no es tan peligrosa como el cuerpo de ejér- cito de los perezosos y el de los egoístas

En la medida que nos conside- remos aptos para constituir con nuestro ejemplo y nuestras obras una moral pública elevada, con- tribuiremos a sanear la retaguar- dia. La gran equivocación moral consiste en fiarlo todo al esfuerzo ajeno; una vez al del Ejército;

En tierras de Cas- tilla son muchas las mujeres, sin padre, sin hijos, unos fusilados, otros conduci- dos a los frentes con violencia, que siembran cu- chillos para ven- gar, el día de ma- ñana, sus lutos

cesidades de la guerra, de poco o de nada servirá que quienes tie- nen el encargo de gobernar se es- fuerzen por sacar adelante sus tra- bajos. Acabarían quienes quiera que fuesen, por pedir también se- mana inglesa y vacaciones paga- das. Si siempre los esfuerzos para procurar la grandeza de una na- ción necesitan ser múltiples y constantes, precisan serlo más cuando la nación está en guerra. La que hemos dado en llamar quinta columna no es tan peligr- osa como el cuerpo de ejército de los perezosos y el de los egoístas. Es más rudo el trabajo que reali- zan para eludir el sacrificio, que el que necesitarían para congra- ciarse con él. Antifascistas que só- lo traducen sus sentimientos en palabras equivocadas, olvidándo- se de hacerlo en obras que facili- tarían el crecimiento de nuestros recursos materiales. Contra todos ellos será menester cerrar, si no se enmiendan, con cólera de An- tiguio Testamento. Como la primer verdad nos la debemos a nosotros

La guerra, con todo su tremendo repertorio de violencias, nos ha se- cado muchas de nuestras más fi- nas reacciones humanas. Pacifistas éramos y pacifistas sinceros, y nos apresuramos a improvisarnos solda- dos. ¿Qué remedio nos quedó si nos amenazaban de exterminio? Pero algo queda de insobornable en nuestro afecto por la paz y en nuestro respeto por la vida huma- na que nos mueve a diferenciarnos del adversario. Es sin ninguna com- placencia, más bien con secreta repugnancia, como mandamos al piquete a los delincuentes de alta traición.

En ese gesto de repugnancia, bien distinto del alarde festivo con que se rodean en Burgos las activida- des de los verdugos, radica toda la enorme diferencia, no sólo de las conductas, sino también del valor de una y otra victoria. Por ese sólo gesto se intuye cuál es el mundo que cada beligerante pretende cons- truir si le acompaña el éxito. El saneamiento de la retaguardia es- tá confiado en la zona rebelde a los cadalsos. Cuanto más abundan- tes, más seguros se sienten. ¿Acier- tan? Suponiendo que sí, y yo me autorizo el dudarlo, proceden por nuestra significación que, busque- mos el acierto por otro camino, con método diferente. Negar la existen- cia del adversario en nuestras ciu- dades supondría una grosera de- formación de la verdad. El proyec- to, legítimo, es esterilizar al enemi- go. Conocemos cómo lo realiza Burgos, pero no nos hemos resuel- to del todo a admitir o rechazar su sistema. Yo propugno su recha- zo. Y no ciertamente por timidez o susto, sino por conveniencia.

Suponiendo que nos fuese acor- dado el beneficio de suprimir me- diante un solo esfuerzo breve a cuantos por no compartir nuestras ideas se complacen en ayudar, di- recta o indirectamente, a nuestros adversarios, no se seguiría de la ejecución de ese esfuerzo el sanea- miento de nuestra retaguardia.

Eliminados los rebeldes, pasivos o activos, quedaríamos nosotros mismos, con nuestras torpezas, con

NUESTRA FIDELIDAD A LA VICTORIA ES EXTREMA

Alemania, tantas veces hecha en el discurso de la guerra española, aclara, de modo decisivo, el valor de la retaguardia. Son los motores de las industrias y los arados del campo los que habrán de dar la victoria a nuestras armas. Y entiéndase esta afirmación, no sólo en su sentido material, sino también en su valor psicológico.

Para que un ejército adelante en sus empresas, necesita, además de material adecuado y estrategias que le conduzcan con acierto, aquel aliento heroico, aquella energía desusada que producen en su apasionamiento por la independencia los pueblos que no saben renunciar a su destino. Esa energía de alto voltaje es la que necesitamos producir para que obre sus efectos en las líneas de fuego.

Repetimos la gran verdad consoladora: vamos a vencer. Podemos razonársela a los que han creado fielatos para hacer decir al optimismo su fundamento. La radical diferencia que caba anotar entre la España invadida y la España republicana está en que en la primera la moral va del frente a la retaguardia, a la inversa que sucede entre nosotros, donde la moral se irradia a los frentes desde la retaguardia. Franco necesitaría de una sonada victoria diaria para convencer a los burgaleses de su triunfo. Estos, por grandes que se les representen en el instante de pregonarlos, se les muere con el frío de una noche. No lo aprovechan; la verdad es esa, y algo que no es raro, pero que aparenta serlo, hay en ello. ¿No será que en Burgos, en

Valladolid, en Salamanca conocen bien el secreto de unas victorias que les sobresaltan e intimidan por lo que tienen de victorias contra españolas? Posiblemente. Quizá Italia y Alemania graviten en demasía sobre el torso derengado

por parte de ellas por la defección de Europa, fe absoluta en la victoria. De cada una de nuestras tremendas tragedias—Málaga, Bilbao, Santander, Asturias—hemos acertado a sacar indemne la confianza en nuestro mañana.

acechan, ese servicio a Europa y al mundo. Nos costará refuerzos y sufrimientos, lutos y congojas. Pero haremos a la paz de los pueblos el gran servicio de no dejarnos caer en servidumbre colonial. Que los afligidos confíen. Que los

res, más redes en el mar, arados en el campo; he ahí el programa diáfano para la retaguardia. Cumplido a conciencia su repercusión en los frentes inmediatos; el soldado será soldado y la guerra, más corta. El Gobierno ha perdido lo que le dió en herencia para perder el Norte. De esa fatalidad, por lo que a nadie hacemos cargo, arranca su decisión de movilizar todas las energías nacionales para precipitar el advenimiento del día en que la República necesite acercarse a Castilla para impedir que las mujeres a quienes se ajustó al marido y se mandaron los hijos al frente, reclamen a la tierra los cuchillos que, bien ocultos, la entregaron en depósito.

Ya han empapado bastante sangre las barbecheras de Castilla los olivares andaluces, los prados del Norte y de la Galicia, los bañales y las vides de la Rioja. La luz de la victoria de España no se refractará en las armas de los legítimamente iracundos; proyectará de lleno sobre la luz que hasta la victoria, para que nos sea provechosa, necesita de prestigio. Se nos hace una guerra despiadada y brutal, y nosotros haremos una paz duradera y laboriosa. Consented, españoles estas provisiones para mañana porque mañana ¡venceremos!

(Discurso pronunciado por don Julián Zugazagoitia, ministro de la Gobernación, por medio del cual se dirigió desde Madrid a todos los españoles la noche del 30 de los corrientes.)

Son los motores de las industrias y los arados del campo los que habrán de dar la victoria a nuestras armas

de Castilla la Vieja, demasiado experimentada en ambiciones y hombres para dejarse subyugar por la súbita conversión en grandes capitanes de los soldados de Caporetto. Con certeza una verdad: que para dar crédito a

¿Qué deber le queda por cumplir a un ministro, de cara a acontecimientos tan dramáticos como el de Gijón, si no es el de evitar el descaecimiento de los demás mediante el pregón de su seguridad y confianza en la victo-

escépticos no estorben. Tenemos para hacer ante el mundo la proclamación de nuestra grandeza, tiempo y energías. Serán arriadas las banderas de la invasión. Serán desmontados los cadalsos. Sólo para ese desenlace trabajan

Se nos hace una guerra despiadada y brutal y nosotros haremos una paz duradera y laboriosa

las promesas de victoria de los rebeldes, Italia y Alemania necesitan hacerles las victorias que ellos, por sí mismos, no hubieran alcanzado nunca. De nuestro lado, la imagen contraria. A despecho de las contrariedades nos han ido saliendo al encuentro, la ma-

ria? Economícense la malicia esa sospecha. Creo en la victoria. Tengo la convicción profunda de que reinstalaremos la República, conforme al mandato que hemos recibido, en toda España, independiente y libre. Haremos por encima de los nuevos duelos que nos

los motores, pescan los pescadores, siembran los campesinos, pelean los soldados y gobierna el Gobierno.

Es esa, de momento, toda la razón de la vida española. Ninguna otra pesa nada ni representa nada. Más revoluciones en los moto-

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título original de Silvio Trentin

(Continuación)

Durante este período, se produjo este hecho monstruoso: que la mano de obra italiana estaba obligada al paro en su país de origen, mientras que en Francia—sobre todo después de la entrada en vigor de la ley sobre las casas baratas—había penuria de trabajadores, especialmente de obreros albañiles y agrícolas. La consecuencia natural de estos procedimientos fué que el Gobierno francés fomentó inmediatamente el aflujo de emigrantes polacos, belgas y españoles, de tal modo que en breve plazo pudo satisfacer enteramente, a pesar de las obstrucciones italianas, las necesidades de su mercado.

Este fué el momento esperado por el fascismo para explotar, a los fines de su campaña antifrancesa, la miseria de los innumerables parados forzosos que esperaban, impacientes, el permiso para emigrar. En el mes de agosto de 1930, todos los prefectos del reino recibieron, de pronto, la orden de entregar, sin previa investigación, el pasaporte a todo trabajador que lo hubiese solicitado para ir a Francia.

Algunos días después, llegaron a Modane y a Veintimille, trenes cargados de emigrantes. Las autoridades francesas, cogidas de improviso, vieron pronto obligadas a poner una barrera a esta riada de obreros a los cuales no podían procurar trabajo.

Cuántos de aquellos que partieron con el corazón lleno de esperanzas, tuvieron que regresar, desilusionados, al pueblo, sin haber podido respirar siquiera un día el aire del extranjero, y aceptar sin réplica los reproches zalameros de sus amos, de cuyas cadenas habían tratado en vano de huir, de aquellos amos que no cesaban de repetirles, socarrones, a cada momento: «¡Ya habéis visto con vuestros propios ojos lo que son la hospitalidad y la fraternidad francesas!»

Tan grande fué la decepción que sintieron estos emigrantes fracasados, que los resultados excedieron a los cálculos de los organizadores de este espectáculo doloroso. El duce mismo quedó tan maravillado que no pudo resistir a la tentación de consagrarle un comentario especial en un discurso que pronunció en el Senado al inaugurarse las sesiones parlamentarias. Este discurso revela, mejor que todo análisis, los secretos complicados de la política fascista de emigración.

Oíd:

Trece de agosto. Una fecha, diréis. Si, es una fecha como otra cualquiera, en el fondo. Pero el trece de agosto es también la fecha de un telegrama que envié a todos los prefectos...

En este telegrama, daba yo instrucciones para que se despachasen inmediatamente, el mayor número de pasaportes para el extranjero... ¿Por qué? ¿Es que era necesario, tal vez, introducir una modificación en nuestra política de emigración? Ciertamente no; PERO HABIASE CREADO, DESDE HACE ALGUN TIEMPO, EN ITALIA, UN ESTADO DE ESPIRITU SINGULAR (sic) CONTRA EL CUAL HABIA QUE REACCIONAR. MUCHAS PERSONAS, DE BUENA FE, CREIAN QUE ESTO ERA UN INFIERNO Y QUE EN OTRA PARTE ENCONTRARIAN EL PARAISO. Pues bien, la medida a que acabo de hacer alusión ha dado resultados ventajosísimos. En los primeros días, las oficinas de Policía fueron invadidas por multitudes que solicitaban, con insistencia, el pasaporte. Luego, la afluencia fué decreciendo. Hoy, son más los que vuelven que los que salen. Millares, decenas de millares de individuos han quedado perfectamente curados.

Para dotar al pueblo italiano de una opinión reglamentaria: saneamiento del teatro y del cine

Una vez realizada—en la medida que podía hacerse en un régimen que no conoce en la base de las manifestaciones esenciales de su genio constructivo, otra actividad que la de la policía—, la reclusión hermética del italiano antifascista en la cárcel nacional, y una vez asegurada, con relación a aquél, la inquisición permanente no sólo de sus menores actos y movimientos, sino también de sus intenciones más secretas, había que velar por que todos los heréticos, convencidos para lo sucesivo de su impo-

tencia pudiesen rehacer rápidamente, por el ejemplo, su educación; había, por tanto, que suprimir previamente, costase lo que costase, toda ocasión o pretexto susceptible de darles ánimos para perseverar, a pesar de todo, en sus antiguos errores.

Con este fin, el fascismo se dedicó sin tardanza a organizar la censura totalitaria, a nacionalizar el pensamiento. Si los cerebros esterilizados cesaban para siempre, por orden oficial, de ser residencia de una vida intelectual autónoma, era muy natural que se pensase en dotar sin transición, a sus poseedores de una opinión reglamentaria, mediante el empleo de los procedimientos de relleno más expeditos.

Los instrumentos de que el fascismo se sirvió con particular predilección para llevar a cabo esa misión providencial de creador de la conciencia nueva de los italianos y de destructor implacable de las antiguas costumbres y de las supersticiones insensatas que sobrevinieron a la disgregación vergonzosa de todas las instituciones de la era democrática fueron el cine, la escuela y la prensa.

El cine no ha cesado de merecer, desde el mismo día en que el fascismo vió caer en sus manos el Gobierno del Estado, los más atentos cuidados de la dictadura. Esta, merced, desde luego, a los poderes de investigación que le aseguraba, en toda forma de manifestación pública, la legislación de guerra civil, púsose pronto en condiciones de ahogar sin piedad toda veleidad de iniciativa o de actividad independiente.

Por medio de la ley sobre la seguridad pública, se estableció una censura muy severa de las películas, a fin de impedir que, fuese cual fuere el asunto, el espectáculo pudiese lastimar el sentimiento nacional. Por otra parte, mediante la ley que establece la llamada disciplina de las relaciones colectivas del trabajo, el ejercicio de toda actividad profesional fué expresamente condicionado a las exigencias superiores del orden público, identificado, no menos expresamente, con el despotismo del partido que reclamaba para sí la representación exclusiva del Estado.

En virtud de la reforma sindical del mes de abril de 1926, sólo el ciudadano fascista fué reconocido digno de atender con su trabajo a la satisfacción de sus propias necesidades, a la explotación de sus fuerzas económicas y de sus aptitudes productoras. Des-

(Continuará)